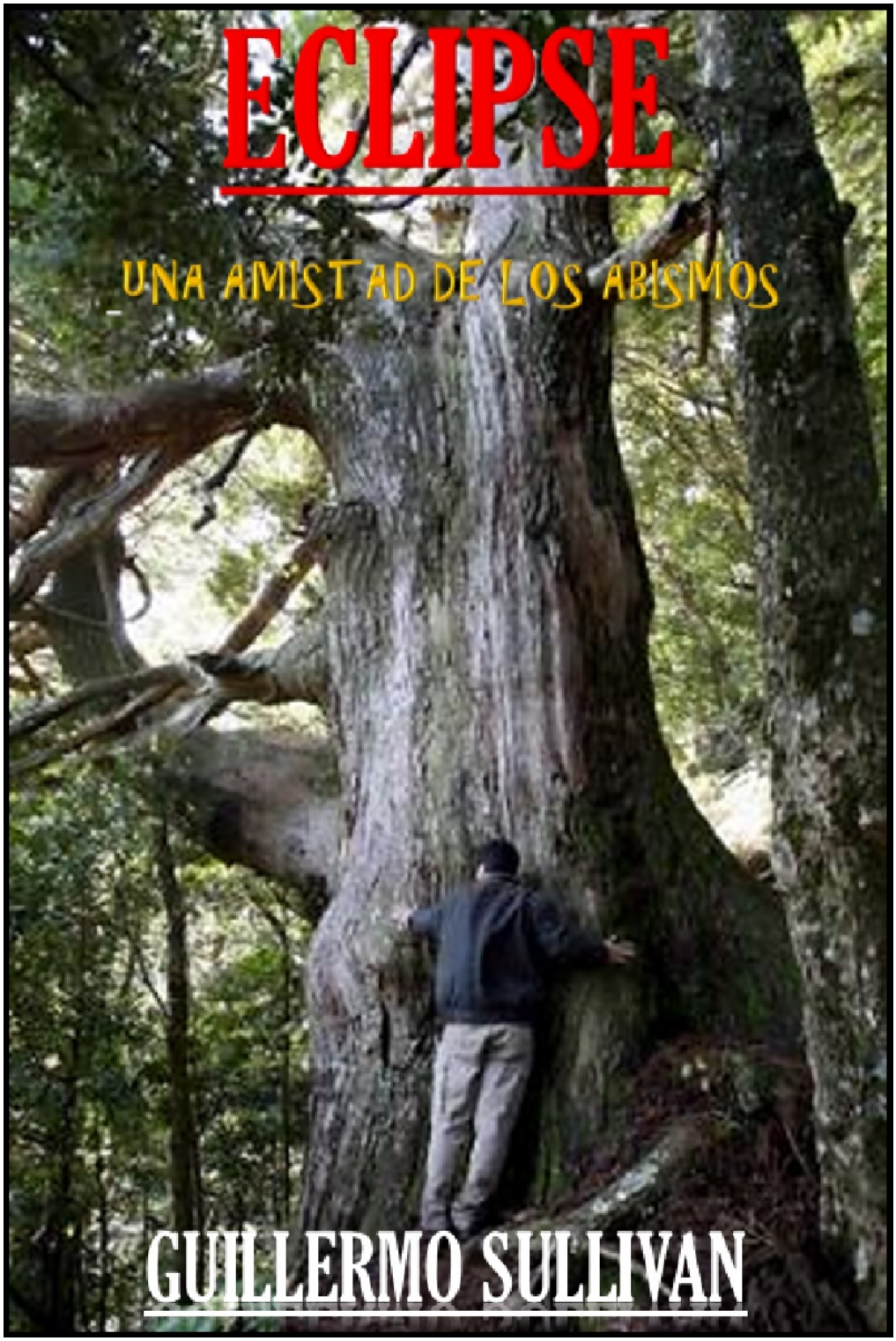
Eclipse, una amistad de los abismos

Guillermo Sullivan



Capítulo 1

Eclipse, una amistad de los abismos

Muchas veces quisimos recorrer grandes distancias, sólo por el hecho de sentir el aliento de una gran aventura; caminamos juntos en gran parte de mi infancia, y también de mi juventud, y es inevitable excluirte de mi vida, pues al final de cuentas, ya eras como una extensión de mi cuerpo. Estuviste presente en mis primeros juegos de pelota, también en las primeras huidas del colegio, y en mi primer noviazgo; rompimos la primera ventana de alguna casa que aún no recuerdo, y nos castigaron al mismo tiempo. Quizás ese silencio…, esa clave morse que sólo tú y yo entendíamos, fue providencial para eternizarnos en este mundo. Y aún recuerdo esa sensación de montarte e irnos hacia algunas calles no tan transitadas, para luego reunirnos con la palomilla del barrio. Si…, aún lo recuerdo, esos pasajes casi olvidados, esas imágenes casi en blanco y negro. Cómo olvidar mi primera bicicleta.

Luego vinieron las fiestas invernales, las reuniones familiares, y los regalos de intercambio. Eran tiempos para compartir, aunque muchas veces no entendíamos a mi familia, y en un momento ya estábamos recorriendo las calles en solitario. Apenas diez años de mi existencia en este mundo. Qué rápido pasa el tiempo.

Muchas veces solíamos visitar el parque durante la noche, y estar debajo de un gran árbol al que habíamos bautizado como “Eclipse”, ya que nos conocimos en un día de eclipse solar. Tenía la costumbre de contarle todos los aspectos de mi vida, y aunque no respondiera, me hacía sentir un gran regazo moral, que muchas veces no encontraba ni en mi familia. Con el tiempo, caí a la cuenta de que me gustaba pasar más tiempo con mi bicicleta y con los libros, que con mis otros amigos. No podía entenderlo. Mi padre, que no dudó en buscarme un psicoanalista, fue el primero en reprochar mi forma de ser. «Qué pasa contigo, hijo», me decía. Sin embargo, nuestra relación de padre e hijo no era muy buena, y al final de cuentas, desistió de mi forma de ser, pues el psicoanalista no pudo sacarme ninguna palabra. Era muy joven, y lo consideraba un invasor...

Durante mis próximos siguientes años, me inscribí en la secundaria y conocí otros amigos. Y mi primera bicicleta, que ya me quedaba chica, se quedó guardada en el garaje de la casa, luego compré una más grande —una de montaña— y que me acompañaría hasta el día de hoy. Eran días de colegio, de tareas, de convivir con otros compañeros, y de intercambiar

experiencias. Muy pronto, mi personalidad lobuna hizo que varios de mis compañeros me vieran como alguien diferente, y hasta tuve algunas peleas de puños y patadas con algunos de ellos. Por fortuna, mi padre me enseñó defensa personal durante tres años, y esto me sirvió para salir ileso de muchas contiendas. Esa tarde al término de las clases, me subí en mi bicicleta y me dirigí hacia el parque de "Los almendros". Me incorporé frente a Eclipse, y le conté todo lo que había pasado. Me tomé un refresco y le di un abrazo. Nunca faltaba quien pensara que estaba loco, o no muy bien de mi cabeza, pero a mí me daba igual, para mí Eclipse era un gran amigo quien siempre estuvo conmigo en las buenas y en las malas. A veces solía contarle cuentos de algunos libros que compré; otras veces le tocaba mi guitarra, y durante el invierno le proporcioné calor con un calentón hechizo de metal que diseñé para él.

Al cursar el bachillerato conocí a Crisol, mi primer amor. Muy pronto nuestra forma de pensar congenió, y también nuestros gustos musicales, y fue ella quien me indujo a escribir un diario. El tiempo desplegaba sus alas, y en un abrir y cerrar de ojos, ya llevábamos casi dos años de relación. Y un día, en el que nos embriagamos en una fiesta de una sus amigas, le confesé mi amistad con Eclipse. Ella a su manera de ser, soltó una risotada espectral.

—¡Qué cosas me estás diciendo! —me dijo—. ¡Eres un loco!

—Es verdad, crisol, llevo una amistad con él desde mucho tiempo —repuse.

—Y dime… ¿qué cosas le dices? —preguntó ella.

—Le cuento toda mi vida —le dije—, él me conoce desde que era un niño.

—No pensé que fueras tan extraño —me dijo—. Espero que mis padres no se enteren de esto, porque se vuelven locos.

—Y dime algo… —preguntó ella—, ¿él también te dice algo?

—Sólo en una ocasión —dije—, y me pidió que nunca lo dijese. Creo que el alcohol me hizo romper esa promesa, y era importante para mí…

De pronto, Crisol se puso seria, se incorporó frente a mí, y me miró con cierta profundidad, con un halo de misterio que nos envolvió a los dos.

—Estás empezando a darme miedo, Ulises —me dijo—, es como si mostrarás otra parte de ti que desconocía.

De momento, todo lo que pude hacer es permanecer cabizbajo, luego la miré de frente, y después miré hacia el horizonte. En realidad sus últimas palabras me hicieron sentir mal, me hicieron sentir como aquel fenómeno

del que se reían en el colegio, cuando si apenas tenía diez años, diez lustros de existencia, sin embargo, no pude proferir ninguna palabra, y me marché en sigilo.

Tomé mi bicicleta que estaba cerca de allí, y partí rumbo al parque de "Los almendros".

—¡Espérame, Ulises! —me gritó ella— ¡Adónde crees que vas?

Durante el recorrido, sentí un nudo en la garganta, era esa sensación de ver mi realidad en los ojos de otra persona, como ser señalado por la mano del sol, y no poder refugiarme en ningún lugar. Muchas veces, el silencio que me rodeaba era la respuesta que no quería escuchar, y también mi único espacio para verme en ese espejo de lo que no podía entender. Y así, mientras seguía pedaleando mi bicicleta, me estaba embocando en las fauces de una búsqueda, en la senda de un camino ensombrecido por una parvada de aves negras, y cuya forma me recuerda a las noches oscuras. Al llegar con Eclipse, me senté a su lado, y sentí una profunda necesidad de llorar. «Nadie me entiende, amigo», le dije. Quizás era mi imaginación, pero yo aseguraba que un día me habló en mi mente, y esa experiencia era un pacto de lealtad entre él y yo. Asimismo, esa noche amanecí bajo su regazo, que sólo era estar recargado sobre su tronco, y esperar que los efectos de la tristeza se desvanezcan.

Poco tiempo después, compré un cuaderno para continuar con mi diario. Eran días de lluvia, y siempre me hacían sentir extraño, la sensación de estar en un lugar desconocido, y sin embargo rodeado de la misma gente. Mi familia.

Al día siguiente, visité a Huber, un amigo a quien le gustaban los cómics, los coleccionaba de todos los tipos, desde súper héroes, hasta mangas coreanos y japoneses. Esa misma tarde me ofreció cannabis, pero yo la rechacé. Nunca había experimentado ninguna droga, excepto cuando en alguna ocasión un psiquiatra me recetó un antidepresivo, y fue por muy poco tiempo. Huber insistió. Me dio una serie de explicaciones en las que la mente puede viajar, estados anímicos alterados y únicos, y en los cuales podría mejorar mi percepción de las cosas. A final, y después de insistir, fumamos esa hierba. Estábamos en el garaje de su casa, y su familia estaba fuera. Reímos como locos, y escuchamos The doors. Fue un viaje interno, la sensación de hacer las paces con mis demonios internos. Ese mismo día, Huber me confesó algo que nunca imaginé: Huber mantenía relaciones sexuales con su madre, y ya llevaban varios años. No supe qué decir, pero mi silencio le pareció lo más divertido, pues empezó a reír sin ningún remordimiento. No tuvo que pasar mucho tiempo para plasmar esa experiencia en mi diario, había acumulado una gran lista de vivencias de toda índole.

Tres días después, mientras hacía mi tarea, mi madre leyó —sin mi consentimiento— mi diario. Lo hizo a escondidas, y nunca me percaté de que lo había sacado de mi mochila. Pero era obvio que estaba molesta conmigo. Nunca me reprochó nada, no obstante me dijo: «no quiero que te juntes con tu amigo Huber, esa compañía no es buen para ti, Ulises». En ese momento supe que había cometido un error, y que hay cosas en este mundo que no se pueden decir, ni siquiera en palabras escritas. Las cosas tomaron un rumbo más complicado. Poco tiempo después mi madre se peleó a bofetadas con la madre de Huber, el caso era que mi madre habló con ella para que Huber no me frecuentara. «!Par de enfermos!», les decía mi madre a ambos. Sí…, lamentablemente mi amistad con Huber terminó. Asumí mi responsabilidad, y acepté que yo fui el culpable.

Dos años después, terminé el bachillerato. Mi relación con crisol ya era poco estable, por el motivo de que de alguna manera sus padres supieron que yo mantenía conversaciones con un árbol, de hecho aún era así. Tras el último día de clases, una amiga me invitó a una fiesta. No sabía qué responder. Sabía que en esa fiesta estaría Crisol, y también Huber, quien por entonces ya me consideraba su enemigo. No obstante, accedí, al final de cuentas, era mi última oportunidad para convivir con algunos amigos. Esa noche bebimos cerveza hasta más no poder, y no faltó quien introdujo en la fiesta un poco de cannabis. Y sobre todo, ¡esa música!…, era la era del grunge y el alternativo (1995), Pearljam, Stone temple pilots y Soundgarden. Bailé, grité, reí y bebí cerveza. No me podía quejar, estaba feliz. También como parte de los elementos de esa noche, conocí a Ámbar, una chica quien también escribía un diario. Lo supe porque Luis, un amigo desde la secundaria, me preguntó que si cómo me iba con mi diario, y entonces, ella terció: «así que tú también escribes un diario», me dijo. Y ese fue el preludio de una amistad. Me tomó de la mano, y me llevó hacia el jardín interior. Platicamos de libros, películas, música y poesía. Realmente teníamos mucho en común. Pero sobre todo, me sentí muy afortunado, pues nunca imaginé que se sintiera atraída por mí. Me dijo que quería enseñarme un tatuaje de su espalda. «Ven», me dijo. Y me volvió a tomar de la mano, y me llevó hasta una recámara de la planta alta. Se quitó la blusa roja, y me mostró la imagen de Edgar Allan Poe que cubría gran parte de su espalda. Después, me abrazó y empezamos a retozar en la cama, la noche nos envolvió con su manta afrodisiaca, y nos entregamos el uno al otro. Y por un momento, me olvidé de Crisol…, sabía que de alguna manera todavía nos queríamos, y que aún no habíamos terminado, pero ese momento era inminente, pues alguien la puso al tanto de lo que Ámbar y yo hicimos. No tuvo que pasar mucho tiempo para que se presentara frente a mí, estaba acompañada de una de sus amigas, y me dijo: «hemos terminado». Así fue, me lo dijo mientras Ámbar y yo nos vestíamos. No tenía ninguna palabra en la boca. No podía excusarme de ningún modo. Ella tenía toda la razón, y yo traicioné su confianza. Quería morir… Todo lo que pude hacer, es seguir tomando cerveza, y lo hice hasta casi el amanecer. De nuevo tomó mi bicicleta azul y traté de marcharme de ese lugar, pero apenas intenté subirme y caí al

suelo. Estaba muy tomado.

Las fechas pasaron y no asistí a la universidad, la motivación que sentía no era la suficiente para elegir una profesión, y en cambio busqué un empleo. Empecé a trabajar en una librería. Muy pronto mi empatía con don Ruperto, el dueño, empezó a florecer. Don Ruperto Siempre me estaba hablando de libros e historias, y para cada una de ellas, aseguraba que había una buena reflexión. Con el sueldo que ganaba empecé a independizarme, y muy pronto renté un departamento cerca de la zona céntrica. Por aquellos días desarrollé un hábito, y era acudir a un café mientras leía un buen libro. Y mi bicicleta, que nunca me abandonaba, la dejaba amarrada en un poste de la acera. Era algo extraño, pero muchos me conocían por el sobrenombre de "El chico de la bicicleta".

Cinco años después, Huber tocó la puerta de mi departamento, y con él llevaba un niño de no más de cinco años. No entiendo como dio con mi dirección. Tenía una vestimenta descuidada, casi de indigente. Le di el pase y me explicó su vida. Me dijo que su padre se enteró de su relación incestuoso con su madre, y que en un arranque de cólera, lo golpeó, lo amarró y lo castró con un machete de cocina, y para finalizar, se pegó un tiro en la cabeza, frente a él. Leonor, su madre, llevaba seis meses de gestación, y al dar a luz —fruto te esa relación malsana—, abandonó a Huber a su suerte. Desde entonces, Huber ha estado criando al niño. Realmente me quedé sin palabras. En ese momento nuestra rivalidad, o quizás enemistad, quedó en el pasado, y le di asilo en mi casa. El caso era que Huber no soportaba vivir en su casa, porque siempre aparecía el recuerdo de su padre y madre, era un infierno moral. Además sentía que le debía algo.

Al día siguiente escuché la voz de eclipse en mi cabeza, lo escuché mientras acomodaba libros en la librería. Le pedí permiso a don Ruperto para salir, y él accedió. Tomé mi bicicleta y me dirigí hacia el parque, me acerqué hasta donde Eclipse, y comprobé que dos tipos estaban intentando talarlo, mi gran amigo de toda la vida. Me lancé a golpearlos, y ellos también respondieron con golpes. «!Acaso estás loco, muchacho!», me dijo uno de ellos. Después empecé a adentrarme en un extraño trance, un subterfugio dentro de mi cabeza, la sensación de escuchar varias voces de eclipse; grité como un poseso; estaba furioso, y luego… ya no recuerdo qué pasó...

Dos días después

El hospital San José estaba a media hora del parque, fue allí mismo donde yo nací, al menos fue lo que mi madre me platicó. En la habitación número dieciséis estaba yo, postrado en una cama y con un suero intravenoso. Desperté a eso de las tres de la tarde, y en una de las sillas estaba don Ruperto con los brazos cruzados. Un doctor estaba monitoreando mi de estado de salud, y apuntaba todo en una libreta. Había mucho silencio. De pronto, apareció Huber, me miró pero no dijo nada. Había algo de misterio en la atmósfera, algo indescifrable. Después el doctor me dijo: «ahorita regreso, muchacho». Mientras el médico regresaba, traté de adivinar porque estaba allí. Todo lo que recordaba era que traté de hablar con Eclipse, y después ya no sé qué pasó. Momentos después, Huber y don Ruperto también salieron de la habitación. Estaba solo, ahogado en mis pensamientos. Después el doctor entró por la puerta junto a dos enfermeras quienes sostenían dos cuadernos, y me dijo:

—¿Cómo te sientes, Ulises? —me preguntó—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, me siento mejor —le dije— ¿Pero dígame, doctor, porqué estoy aquí?

—Bueno, te voy a contar, muchacho —me dijo—. Tuviste una pelea en un parque, y perdiste la cordura. El caso es que dos trabajadores levantaron un reporte policial para que te arrestaran por desorden público, pues los agrediste. Afortunadamente cuentas con dos buenos amigos, y se llaman Huber y don Ruperto. Don Ruperto te siguió hasta el parque, y fue por casualidad, ya que él sólo quería avistarte que iba a cerrar la librería, y que no abriría hasta el día siguiente. Durante la pelea quedaste inconsciente, quizás por un golpe. Después una ambulancia te trasladó hasta aquí. Y lo que sigue… quizás no te va a gustar, pero es mi obligación decírtelo. Huber se preocupó al saber que no llegabas a tu departamento, así que llamó a la librería; quería cerciorarse de que aún seguías allí. Y gracias a que don Ruperto nos dio toda la información respecto a ti, sabemos que estás enfermo, hijo. No estás bien de tu cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor? —le dijo—, no le entiendo.

Se produjo un silencio espectral, y un temor invadió mi cuerpo. El doctor inclinó su cabeza hacia abajo, y luego de unos instantes volvió a sostener la mirada conmigo.

—Don Ruperto nos cuenta que hablas con un árbol —me dijo—, y también nos dice que lo haces a solas. Y por la forma que te comportaste con los

trabajadores del parque, al parecer tienes indicios de esquizofrenia paranoide. Y como prueba que afirmo lo que digo, aquí las enfermeras tienen dos de tus cuadernos con los que has plasmado tu vida, y que han sido escritos por ti desde hace poco tiempo. En ellos escribiste todas esas experiencias en las que hablas con un supuesto árbol, cuando en realidad sólo es parte de los efectos esquizoides. Huber nos hizo el favor de traerlos hasta aquí, y de no haber sido por eso, de aquí tendrías que ir a la cárcel, pues uno de los trabajadores quedó gravemente lesionado.

—¿Huber leyó mis diarios? —Dije—, ¿por qué lo hizo?

—Muchacho, sabemos que Huber cometió una imprudencia al leer tus cosas —me dijo—, pero lo hizo para ayudarte. Los diarios también fueron leídos por los agentes de la policía, y oficialmente padeces una enfermedad mental, por lo tanto eso te libera de tu culpabilidad. Y desde el día de hoy recibirás tratamiento médico.

—¡Qué? —grité—¡Yo no soy un maldito loco!

—Nadie lo ha dicho, Ulises —me dijo—. Es sólo una enfermedad mental, y de hecho te hicimos una tomografía mientras estabas inconsciente, y lo hicimos para cerciorarnos de que en realidad la padeces, y el diagnóstico es una patología mental.

—¡Yo no estoy loco, doctor, sólo escribo para desfogar mis emociones! —repliqué.

—Te entiendo, hijo —me dijo—. Yo sé que no es fácil para ti ni para nadie procesar esta información, pero ya te irás acostumbrando. Afortunadamente tu enfermedad apenas está brotando, y la hemos detectado a tiempo. Hay casos en los que se descubre en situaciones complicadas, y hasta extremas diría yo, por ejemplo, crímenes y en otro de los casos hasta en suicidio. Pero no te preocupes, cuando te recuperes, ingresarás en un hospital psiquiátrico para pacientes especiales, como es tu caso.

—¡Qué me está diciendo? —le dije—¿Un manicomio? ¿Acaso me quieren meter en un manicomio?

—Así es, muchacho —me dijo—. Y dependiendo de tu comportamiento, entonces decidiremos que tan pronto podrás salir. Te aseguro que vas a convivir con personas como tú, y hasta me atreve a decir que vas hacer bonitas amistadas. Hay que ver las cosas por el lado positivo. Y además el tratamiento nunca te va a faltar.

El doctor me dibujó una sincera sonrisa, y no podía negar que parecía un tipo bien intencionado. Se produjo un silencio, y no podía llenarlo con ninguna palabra. Después entró don Ruperto y Huber, y también me

sonrieron. Era una sonrisa de solidaridad y de compasión, lo podía entender… No pude evitar el hecho de que se me escapasen un par de lágrimas sobre mis mejillas. Asentí con mi cabeza, y ese fue el exordio de otra etapa de mi vida.

Poco tiempo después, ingresé al hospital psiquiátrico San Ignacio. El trato con las enfermas y demás enfermeros era muy amable, muy comprensivo, y éramos vigilados con una gran diligencia. Nunca nos faltó el medicamento, aunque algunas de las veces habían casos más complicados, como pacientes sumamente violentos, y que tenían que ser aislados en habitaciones especiales. Teníamos una sala pare ver televisión, y otra para leer, eran pocos libros, pero al menos los había. Los domingos eran día de vistas, y me sorprendió que Huber y don Ruperto me visitaran cada siete días. No me podía quejar, pues no estaba molesto ni furioso, a pesar de lo que implica la enfermedad. Sin embargo, de vez en cuando empezaron a darme episodios de paranoia, cosa que era normal, por decirlo así. Las visiones eran esporádicas, pero yo confiaba en el medicamento, y sólo tuve tres de ellas. Con todo y asumiendo las cosas, me fui acostumbrando a mi realidad. Ahora entendí el porqué de mi inexistente amistad con Eclipse, aquellas voces que invadían mis pensamientos, y también mi personalidad lobuna. El doctor Ismael Robledo a cargo del hospital psiquiátrico, me explicó todo lo que conlleva esta enfermedad, y la manera más apropiada de sobrellevarla.

Un año después, y gracias a mi comportamiento pacífico, el doctor Robledo me dio de alta en el hospital. Me dio un apretón de manos y me dijo: «!a portarse bien, muchacho!». Y antes de dirigirme hacia mi departamento, fui dar un paseo por la ciudad. Quería sentir la sensación de normalidad, de ser un ciudadano más. Durante las visitas que Huber me hizo, me dijo que había estado trabajando en una gasolinera, y al mismo tiempo estaba pagando la renta de mi departamento. Se lo tenía que agradecer, pues de otro modo tendría que quedarme con mis padres, quienes nunca quise que se enterasen de mi condición. No lo sé, pero me dolía la idea de que me vieran dentro de un manicomio.

Estamos en el 2001, y estoy recorriendo una calle transitada, algunos rostros parecen recordarme, otros nunca me han visto, pero estoy aquí…, empezando de nuevo. La tarde es bella, hay un sol muy luminoso, y el calor es agradable. Entré a la misma cafetería de siempre y pedí un café. La dueña del lugar le dio mucho gusto en volverme a ver; cruzamos un par de palabras y regresó a sus labores. Alguien encendió un cigarrillo, y el humo atravesó cerca de mí como un fantasma. Después empezó a escucharse música, era la misma pieza cuando leía una novela Robert Louis Stevenson (gimnopedia), quizás mi mente la asoció sin darme cuenta.

Dos horas después salí de aquel lugar; caminé un par de calles, y me divisó la silueta de Ámbar. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

«Te estuve buscando», me dijo. «Huber me contó todo». No supe qué decir, sólo nos miramos por unos instantes; caminamos un par de calles, y nos detuvimos frente a una librería, y después seguimos caminando. Al parecer en su corazón albergaba algún vago sentimiento hacia mí, aunque no lo podía asegurar. La tarde también albergaba bellas nubes, y hasta el ruido de los autos parecía diferente. Ámbar buscaba algo en mi mirada, y yo me dejé llevar por el ademán de su corazón. Un arlequín en su monociclo pasó cerca de nosotros, luego se detuvo en la calle, y entonces empezó a hacer malabares. Ámbar sonrió. Y en ese instante, un conjunto de recuerdos se apoderaron de mí, la sensación de mirar hacia atrás y ver mi pasado. Quizá la locura es la telaraña invisible que nadie ve, el espejismo al final de una carretera, o la amistad de un árbol alimentada con la voz de un corazón solitario. Y entonces, poco a poco el telón del escenario cae sobre nosotros, y la realidad se desnuda como un cuerpo a la luz del alba. Y el destino, también puede tomar la forma del arlequín, y mofarse en nuestra cara para desvelar el vacío de una habitación, o el vacío de una realidad arrojada por la ventana. Y en la galería de mis primeras máscaras, no supe entender mi entorno, y mi entorno no supo entenderme, porque era diferente para ojos de los demás. Y entonces, mi ángel de la guarda despliega sus alas para mí, y deposita en mis manos la palabra buenaventura, y yo me alimento de esa eclosión, porque también hay luz en mi existencia, y en lo que me rodea.

Y así…, esta tarde también va evaporándose entre mis pasos, y puedo ver esa luz que irradia en los ojos de Ámbar, en sus pasos también hay esa luz que alimenta algo dentro de mí. El pasado, como la hoja de un libro, va cerrándose poco a poco. Pasan los transeúntes, pasan mis pensamientos, y pasa la tarde al igual que un tranvía. Caminando…, caminando por las calles de la ciudad, por los bordes del infinito, por el suelo de terciopelo cuando el corazón no se resiste a un sentimiento compartido. Y entonces, como un acto de magia, Ámbar toma mi mano, y ambos sonreímos. El pasado ya no me importa, ni la sombra de Eclipse, aquí empieza un nuevo ciclo de mi vida, y puedo sentir el roce de algo mejor. Está cerca…

Fin